

do entre las teorías del Tiempo. Desde luego, puede llegar un proyectil atómico y hacernos volar fuera del tiempo Uno, pero todos tenemos conciencia de eso, sabemos que se trata de una de las posibilidades que pueden realizarse. Ese proyectil, podríamos decir, está esperando que lo envíen a cumplir su espantosa misión, para marcar un altísimo punto de la demencia humana. Pero ha sido compuesto por la voluntad y la acción del hombre, y puede ser declarado fuera de la ley y destruido por la voluntad y la acción del hombre. El futuro no puede ser nada, porque contiene inmediatamente, entre otras cosas, ese proyectil; pero tampoco es fijo e inevitable, porque puede ser cambiado, aun después de parecer habérselo revelado en sueños y en el tiempo Dos.

Así, pues, no es totalmente ultrajante sugerir que esos dos soñantes vieron un futuro que existía bajo una u otra forma (obsérvese que nos gusta decir, con Wells, «la forma de las cosas por venir»), y, no obstante, pudo ser dramáticamente cambiado por un repentino acto de voluntad: la recogida del niño, o el giro y frenazo del coche. Después de todo, está mucho más cerca de nuestra idea común y corriente del futuro—medio hecho, medio allí, no plenamente hecho ni plenamente allí—que cualesquiera conclusiones de los científicos o los filósofos. Tenemos en esos sueños posibilidades que fueron realizadas—a saber, la visita a la caleta, el encuentro con el niño en la calzada—y posibilidades que fueron privadas de realizarse—a saber, el ahogarse del niño y el atropello del muchacho. (Desde luego, en el caso del sueño de Borodino, todo se realizó, probablemente porque un acontecimiento de esa importancia, una gran batalla, está fijado más allá de toda intervención.)

En el tiempo Dos, al cual pertenecen los sueños, no hay distinción entre las posibilidades que se realizan y las que no se realizan. La caleta y la calzada están ahí, y también el niño ahogado y el muchacho atropellado. En el tiempo Uno puede adoptarse una acción, de modo que lo que pudiéramos llamar la línea de la historia evite el niño ahogado, el muchacho atropellado. Pero eso es todo. Las posibilidades alternativas, junto con la elección entre ellas, no pueden existir en el tiempo Uno. Ni existieron en el tiempo Dos. Por consiguiente, es necesario otro tiempo, el tiempo Tres.

Si pensamos en esta línea de historia material realmente como una línea, entonces, como unas posibilidades se realizan y otras no, esta línea no puede moverse arriba y abajo en dos dimensiones, sino que debe curvarse en tres. De modo que, sobre la base de esta teoría de los dos sueños, podemos aceptar la afirmación de Ouspensky en el sentido de que «la tridimensionalidad del tiempo es completamente análoga a la tridimensionalidad del espacio», y también la de Bennett, asegurando que «esto conduce a la idea de una tercera clase de tiempo, conectada de algún modo con la facultad para conectar o desconectar lo potencial y lo actual». Y, ciertamente, alejar al niño de la caleta, girar y frenar para no atropellar al muchacho en la calzada, puede decirse que desconectan lo potencial y lo actual.

Sin embargo, rehúso contestar preguntas relacionadas con estas posibilidades en el tiempo Tres, estas formas de posibles cosas por venir, que se pueden ver en el tiempo Dos, y, no obstante, hasta que se realizan, están fuera de nuestra historia material en el tiempo Uno. Rehúso contestar, porque no sé. Nadie debería sorprenderse por esta confesión. Después de todo, no sé a ciencia cierta—solo puedo aventurar una suposición—cómo la vista de un cuadro o incluso el sonido de una palabra parecían cambiar súbitamente el ritmo y el tono de mi existencia, sacándome aparentemente de un tiempo y encerrándome en otro. No sé—y nuevamente solo puedo aventurar una suposición—cómo escribí, digamos, el técnicamente complicado acto segundo de *Time and the Conways*, al parecer sin esfuerzo y a velocidad vertiginosa. Todo lo que está dentro de mi seguro conocimiento es que estas cosas ocurrieron. Pero cada dos días sucede algo que un positivista llamaría coincidencia y que yo pienso no es nada de eso, aunque no pueda explicarlo. Ya soy lo bastante viejo para comprender cuán poco sé.

Veamos ahora lo que sucede—y en esto dispongo escasamente de más información avanzada que el lector—cuando rechazamos la idea de que esos sueños estaban plenamente relacionados con el futuro, pero un futuro susceptible de cambiarse. En su lugar, ponemos la idea de que tales sueños, como dije antes, eran parte futuro, parte ficción. La visita a la caleta con el niño, en el sueño, es un genuino vislumbre del futuro en el tiempo Dos, pero

el trágico episodio de la muerte del niño no pertenece al futuro, sino que, como dije, es «una dramatización de no insólita ansiedad maternal», la suerte de cosas que no pueden por menos de imaginarse la mayoría de las mujeres.

Del mismo modo, esa sección de la calzada y el muchacho en ella estaban allí, en el futuro, vistos por el soñante en el tiempo Dos; pero, proyectado todo ello a la escena y como resultado de la constante ansiedad del automovilista respecto a los accidentes, fue el episodio imaginario del atropello del muchacho. En estos términos, el futuro permanece inmutable. Todo cuanto ocurre es que lo que se imaginó no tuvo lugar en realidad. Lo cual, a primera vista, parece una explicación mucho más nítida y sensata.

Sin embargo, tras madura reflexión, esta explicación me deja un sentimiento de insatisfacción. Las cuestiones que parecen desvanecerse han sido meramente barridas como migajas y ceniza debajo de una alfombra. Los sueños llenos de ansiedad son bastante corrientes. La mayoría de nosotros nos hemos despertado, para recordar vagamente aviones y trenes que no podían tomarse, porque el taxi se averiaba o se extraviaba el equipaje. Pero, en estos dos sueños, no existe tal confusión y vaguedad. Al igual que en la mayoría de los sueños precognoscitivos, todo es tajante y claro, tan vívido que se recuerda fácilmente. Y no parece haber habido ninguna solución de continuidad, ningún cambio de cualidad, entre lo que fuese previsionario, descubriendo la escena y la situación, y lo que perteneciese a una ansiedad dramatizada. El niño muerto parece haber sido tan convincente como el niño vivo.

Sin embargo, no deseo atacar la teoría desde esta posición, aunque solo sea por lo mucho que es posible en los sueños, esos vastos teatros particulares en que somos dramaturgos, directores, decoradores, actores y público. (Mucho antes de que me interesase por la precognición, antes de que hubiera leído psicología abstrusa, no me era posible entender por qué tanta gente creía que sus sueños no tenían más importancia que sus estornudos y bostezos. Nuestros sueños son nuestra vida nocturna.) Supondré que es cierto que un sueño puede trasladarse suavemente de la previsión o precognición, de donde es revelado, no crea-

do, a esa acción familiar que brota de la ansiedad o un temor constante. No obstante, aún me queda un sentimiento de insatisfacción.

Ciertamente, hemos sorteado el futuro susceptible de ser experimentado y, no obstante, cambiado, así como esas posibilidades que pueden o no pueden actualizarse. Es mucho más fácil decir que se imaginó algo—como la muerte del niño—que no sucedió después en la realidad. Es más fácil todavía si damos por supuesto, como tanta gente parece hacer, que la imaginación y todas sus creaciones no son nada. Pero eso no sirve, porque, desde luego, son algo, y algo de inmensa importancia en nuestras vidas. (¿Y si finalmente llegásemos, mucho más allá de la muerte, a un modo de existencia que no fuese más que un inmenso vacío, a menos que la imaginación actuase sobre el mismo, creando paisajes, ciudades, moradas, jardines, artes y vida social?)

Como la mayoría de los niños son altamente imaginativos, algunos suponen que para alcanzar la madurez debemos dejar atrás la imaginación, como la costumbre de mancharnos la cara con chocolate o jalea. Pero un adulto al que se le haya marchitado la imaginación es mentalmente cojo y asimétrico, y está en peligro de convertirse en un cadáver resucitado por arte de brujería o en un asesino. Ha sido la imaginación creadora la que ha dado a nuestra especie implacable y sangüinaria sus ocasionales vislumbres de nobleza, su esperanza de elevarse por encima del estiércol que esparce.

Para descubrir lo que pensamos de la imaginación, consulto el *Dictionary of Philosophy* que tengo más a mano, y que es una obra americana poco ambiciosa, de tamaño útilmente modesto. Dice así:

La imaginación es un proceso mental que consiste en lo siguiente: a) La reavivación de imágenes sensoriales extraídas de anteriores percepciones (imaginación reproductiva); b) la combinación de esas imágenes elementales en nuevas unidades (imaginación creadora o productiva). La imaginación creadora es de dos clases: a) la fantasía, que es relativamente espontánea e incontrolada; b) la imaginación constructiva, ejemplificada en la ciencia, la invención y la filosofía, que es dominada por un plan o propósito dominante.

A lo cual pienso que debo replicar: a) que hay ahí cierto tufillo a la concepción del zapatero remendón: «Nada como el cuero»; b) que me gustaría leer los comentarios de Samuel Taylor Coleridge y William Blake sobre esta